

Santísima Trinidad – Dios es Amor

El Misterio de la Santísima Trinidad –la fe en que nuestro Dios es Uno en Tres Personas– es sin duda difícil porque desborda nuestra capacidad de comprensión, pero esa dificultad no surge de alguna elucubración abstracta sino de un hecho muy concreto: el modo como Jesús se dirigía a Dios, un modo tan insólito, sorprendente y significativo, que el Nuevo Testamento conserva la expresión original en el idioma de Jesús, el arameo. Jesús llama a Dios “Abbá”, que es la palabra con la cual los hijos se dirigían a su padre en el seno de la familia. Esta palabra reúne la idea de intimidad, cercanía y cariño, y el reconocimiento de la distancia que comporta la autoridad paterna, reconocida con veneración, sumisión y confianza. Jesús la utiliza con Dios porque tiene conciencia de ser realmente su Hijo, diferente del Padre como persona, pero no diferente en dignidad, como un hijo que participa de la naturaleza del padre que lo engendró.



André Rublëv, Santísima Trinidad (1425)

Y esto debe ser así si creemos que Jesucristo es nuestro Salvador. Porque la salvación consiste en entrar en la comunión y amistad con Dios. Eso sólo es posible si Jesús es Dios: el Hijo de Dios (por naturaleza) que nos hace participar (por gracia) de su condición filial. Jesús no podría hacernos participar de lo que Él mismo no es.

Pero ¿cómo nos hace hijos de Dios? Lo hace infundiéndonos el Espíritu Santo, que es la Vida que comparten el Padre y el Hijo. Sin la efusión del Espíritu, Jesús quedaría “fuera” de nosotros, como un ejemplo, un modelo, una doctrina, que no transforma nuestra vida puramente natural. Sólo si hemos recibido el Espíritu Santo, y ese Espíritu es Dios como el Padre y el

Hijo, nos da una participación real en la comunión de vida entre las Personas Divinas.

La Trinidad no es, entonces, una mera construcción teológica: es el misterio del cual depende toda nuestra fe:

1) En primer lugar, sin la Trinidad, todo lo que afirmamos en el **Credo** perdería sentido: nosotros proclamamos en él, que el Padre nos creó y nos salvó por Cristo en el Espíritu Santo. Eso significa que lo hizo comunicándonos por amor la plenitud de su propio ser. Sin la Trinidad, nuestra existencia toda sería producto del azar (¿o de algún “interés” de Dios?) no el fruto de su amor por nosotros.

2) Tampoco tendría sentido nuestra **liturgia**. Todas nuestras oraciones las dirigimos al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo, porque invocamos el amor con que el Padre nos amó, como “argumento” para ser escuchados por Él. Y la Eucaristía, en particular, es el único sacrificio agradable al Padre, porque es el sacrificio de su Hijo, que es Dios como Él. Sólo “por Cristo, con Él y en Él” (como decimos antes del Padre Nuestro) la ofrenda de nuestra vida es también agradable a Dios.

3) Finalmente, perdería sentido nuestra **espiritualidad**. Sin la Trinidad no podríamos rezar el Padre Nuestro, porque Dios no sería nuestro Padre en sentido propio, no nos salvaría comunicándonos su vida y ni siquiera nos amaría realmente, como no sea del modo genérico en que Dios ama todo lo creado.

A pesar de esto, en la práctica hemos descuidado demasiado la importancia de la Trinidad en la vida cristiana. Un autor llamó a esta situación “el destierro de la Trinidad”. La hemos exiliado de nuestro corazón. Afortunadamente, esto se está revirtiendo. Así lo muestra, por ejemplo, la flamante encíclica de León XIV, *Magnifica humanitas*, que fundamenta nuestra dignidad personal en el misterio Trinitario de la comunión de las Tres Personas.

Pero hay que vencer una inercia muy fuerte. Muchos creyentes todavía siguen impedidos de progresar en su fe por lo que se plantean como una especie de enigma matemático: cómo uno puede ser tres y tres puede ser uno (a pesar de que probablemente hayan aprendido en la catequesis que uno es *Dios* y tres las divinas *Personas*). Esto constituye una dificultad insalvable sólo para quien pretende reducir a Dios a lo que nosotros podemos entender, y “recortar” el resto. Como el que le quita capas a la cebolla hasta quedarse sin nada, quien pretenda quedarse sólo con lo que pueda entender de Dios, se quedará sin nada.

La única manera de escapar de esta trampa es entender que la Trinidad es un misterio de amor. “Dios es amor”, dice la Primera Carta de San Juan: no, simplemente, “Dios tiene amor” o “Dios ama” sino que Dios es Amor en su vida íntima: es la comunión de las tres Personas divinas que existen en el acto de entregarse totalmente a las demás. Y nuestra vocación más profunda –dice el Papa León– “es la de entrar en el movimiento trinitario del amor recibido y compartido” (MH 48).

Vivimos inmersos en el misterio trinitario, aunque a veces no nos demos cuenta. El más sencillo acto de solicitud hacia el prójimo, en la medida en que consiste en comunicarle el amor que hemos recibido, es una manifestación de la vida trinitaria. Lo mismo podemos decir del más sencillo acto de fe, como cuando nos dirigimos a Dios llamándolo “*Abbá*-Padre”, como Jesús. Esta profundidad trinitaria de nuestra vida es la que expresamos con la señal de la cruz, cuando recorremos con nuestra mano todas las dimensiones de nuestro cuerpo (y de nuestra vida) pronunciando el Nombre de las Divinas Personas: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

P. Gustavo Irrazábal